

El papa

Cuando vea la luz este artículo, el papá quizá haya iniciado otro de los numerosos viajes de su pontificado y sean muchos los ciudadanos que, ante la visión desvalida de su ancianidad, clamen por su pronta jubilación. Lo cierto es que los ancianos no dan bien en la televisión. La ancianidad, que antes era hermosa y respetable, es ahora algo antiestético y supone una señal insoportable de debilidad, el anuncio de lo que un día le ocurrirá a unos individuos que no sólo no quieren morir, sino que se niegan a reconocer como propio todo aquello que tenga que ver, directa o remotamente, con la muerte o con su proximidad. El afán por lograr una juventud eterna no es sino la forma más explícita de pretender en la tierra una eternidad que negamos –o de la que dudamos– para después de la muerte. Por eso nos parece más patético un anciano que pretende con sus propias fuerzas lograr aquello para lo que se cree destinado que el afán de ciertas personas por aferrarse como sea a una juventud perdida, aunque para ello tengan que pasar decenas de veces por el quirófano. A un papa no se le pide que corra cien metros ni que tenga el cuerpo erguido y la figura perfecta de una de esas azafatas que adornan el decorado de cualquier programa de televisión. A un papa se le pide que sea bueno y sabio, y eso lo puede ser sentado en una silla de ruedas o postrado en una cama.

Es por la capacidad de trabajo y por lo que está reglamentado para los demás sacerdotes por donde me surgen las dudas. Y es que para el ejercicio de cualquier función, aunque sea intelectual, se necesita de una aptitud física suficiente. ¿La merma de aptitud física del papa ha debilitado su capacidad de trabajo hasta el punto de que ya no es capaz de poner el cien por cien de sí mismo en el desempeño de su función? Para cualquier hombre, y el papa lo es, así sería. ¿Hasta dónde, entonces, se ha visto merma la capacidad del papa en el ejercicio de su función? No lo sabemos. Desde el Vaticano se nos dice que el papa es capaz de desarrollar perfectamente su labor, pero algo me dice que si no

lo fuera el mensaje sería similar. ¿Qué pasaría en ese caso? ¿Quién gobernaría sobre cientos de millones de almas?

Esa idea de que el papa lo es hasta que se muere y gobierna hasta que se muere, esté en el uso de todas sus potencialidades intelectuales o no (y que se corresponde con la idea antigua de reinado), no es de aplicación para el resto de sacerdotes u obispos, que, salvo excepción, han de jubilarse, según expresa el Código de Derecho Canónico. La jubilación es un premio al jubilado, pero, también, una forma de inyectar savia nueva, nuevas energías, y la garantía de que el trabajo será desempeñado por quien tiene fuerzas bastantes para ello. Pero el momento de la jubilación no puede depender de uno mismo, pues nadie sería más parcial a la hora de juzgarse, ni mucho menos puede depender de Dios (aunque el que hable sea papa, no parece razonable decir me jubilaré cuando Dios quiera, porque no se puede poner a Dios en el compromiso de adoptar una decisión que, ya que no le es exigible por Ley, le corresponde adoptar a él), sino que debe venir fijado en una norma.

Afortunadamente, nadie es imprescindible, ni siquiera el papa, y más en una organización que cuenta con decenas de miles de sacerdotes sumamente preparados. Lo ideal sería que el momento de jubilación de los papas estuviera fijado de antemano, pero ya que no lo está, y dado que por su edad su situación física no irá a mejor, en mi opinión, el papa debe dar ejemplo de renuncia (que es ejemplo de apostolado) y dejar que otro ocupe el puesto, como ocurriría en cualquier otro sitio con cualquier otro cargo, incluida la Iglesia. Él sabrá lo que hace, pero quizá alguien debería decirle que sólo hay un paso entre la tenacidad que demuestra hoy y la testarudez en que puede incurrir mañana.

Juan Bosco Castilla